

CAPITULO IV.

Geroglíficos mexicanos. — Manuscritos. — Aritmética. — Cronología.

Astronomía.

Es una especie de descanso volver la vista del tetrico cuadro pintado en las páginas precedentes, hácia otro mas bello y mas brillante, y contemplar á esa misma nacion haciendo esfuerzos por salir del estado de barbarie y por colocarse entre las mas civilizadas. No es menos interesante considerar que estos esfuerzos se hacian en un mundo enteramente sustraído á las causas que influian en la civilizacion del antiguo, cuyos habitantes formaban una familia de pueblos unidos por estrechas simpatías, de manera que una débil chispa de saber que brillaba en uno, podia extenderse gradualmente hasta alumbrar con claridad aun á los mas distantes. Es curioso observar cómo el espíritu humano sigue en la investi-

gacion de la verdad un camino tan semejante en el Nuevo-Mundo al que seguia en el antiguo, que si no ocurre la idea de la imitacion, sí por lo ménos la de un origen comun. En el hemisferio oriental encontramos algunas naciones, como por ejemplo los griegos, tan amigos de lo bello, que lo mezclaron hasta con las mas graves producciones de la ciencia; y otras, por el contrario, tan severas y exactas, que sacrificaron la imaginacion y el buen gusto. Las producciones de semejantes pueblos no deben ser juzgadas con arreglo á las leyes ordinarias del gusto, sino teniendo presente el objeto que se proponia causar. Compárese á los egipcios en el antiguo mundo¹ con los mexicanos en el nuevo. Hemos tenido ya oportunidad de dar á conocer la semejanza de ambos pueblos en su religion; sorprendámonos aun mas al encontrarla en sus conocimientos científicos, y principalmente en la escritura geroglífica y en la astronomía.

Describir las acciones y los acontecimientos por medio de objetos visibles, es, digámoslo así, una idea natural y que ponen en práctica hasta los salvajes mas bárbaros. El indio norteamericano esculpe una saeta en la corteza de un árbol para indicar á sus

¹ «Un templo egipcio, dice Denon con aire de asombro, es un libro abierto, en el cual se pueden aprender lecciones de saber y de moral. Todo parece hablar allí un uno y único lenguaje; todo parece respirar un uno y único espíritu.» Este pasaje lo cita Herrera, Hist. Res., vol. 2, p. 178.

compañeros el camino que ha tomado, y otros signos para darles á conocer el éxito de sus excursiones. Pero pintar una serie consecutiva é inteligible de sucesos, por este medio, felizmente llamado por Warburton *escritura pintada*,¹ supone cierta combinacion de ideas, que no se puede formar sino con un verdadero esfuerzo de entendimiento. Con mucha mas razon se requiere este esfuerzo cuando el objeto de la pintura no es consignar los hechos presentes, sino penetrar en los acontecimientos pasados, y sacar para las generaciones venideras todos los tesoros de sabiduría que se encierran en sus oscuros senos. Por imperfecta que sea la ejecucion de este designio, el simple hecho de intentarlo es una prueba inconcusa de la alta civilizacion. La imitacion servil de los objetos materiales no puede bastar para desenvolver este plan vasto y complicado: su ejecucion exigia demasiada extension de espacio y de tiempo. Se necesita, pues, observar las pinturas, reducirlas á simples bosquejos, no copiar de los objetos mas que aquellas partes prominentes que pueden servir para representar el conjunto: esta es la

1. Legation divine Works (Londres, 1811) vol. VI, b. 4, sec. 4.

El obispo de Gloucester, al entablar una comparacion de los varios sistemas geroglíficos del mundo, manifiesta su sagacidad y atrevimiento característicos, anunciando una opinion poco acreditada entonces y demostrada posteriormente: afirma la existencia de un alfabeto egipcio, bien que nada diga de la propiedad fonética de los geroglíficos, el gran descubrimiento literario de nuestros tiempos.

escritura representativa ó figurada que forma el grado ínfimo de la geroglífica.

Hay cosas que no tienen tipo en el mundo material; ideas abstractas que solo pueden ser representadas por objetos materiales, admitiendo analogías entre estos y ellas. Esto constituye la *escritura simbólica*, la mas difícil de interpretar, pues que esas analogías entre los objetos materiales y las ideas abstractas, son puramente fantásticas, y caprichosas las mas veces. ¿Quién puede, por ejemplo, sospechar que un escarabajo represente al universo, ó una serpiente al tiempo, como entre los mexicanos?

La tercera y última division es la *escritura fonética*, en la cual los signos representan *sonidos*, ya de palabras enteras, ya de parte de ellas. Es hasta donde puede la escritura geroglífica acercarse al *alfabeto*, á esa bella invencion por la cual las palabras quedan resueltas hasta en sus últimos elementos, y el pensamiento reproducido hasta en sus formas mas delicadas y sutiles.

Los egipcios eran muy hábiles en los tres géneros de escritura geroglífica, y aunque en sus monumentos públicos se encuentra la del primer género, parece hoy cierto que en sus recuerdos escritos y para los usos comunes, recurrian casi únicamente á la *fonética*. Es cosa extraña que habiendo desde el principio aproximádose tanto al alfabeto, no se hayan acercado á él ni un poco mas en sus últimos monu-

mentos.¹ Los aztecas usaban tambien de la escritura geroglífica, pero infinitamente mas de la figurativa que de las demas: los egipcios habian llegado, pues, al último escalon; los aztecas se habian quedado en el primero.

Cuando se recorre un manuscrito ó *mapa* mexicano, se queda uno sorprendido al ver tan grotescas caricaturas humanas: monstruosas y gigantescas cabezas sobre cuerpos raquíticos y deformes, y perfiles angulosos é incorrectos, tales son los objetos que se presentan á la vista. Reflexionando un poco, se conoce luego que no se ha procurado tanto copiar la naturaleza, como expresar las ideas por medio de símbolos convencionales, de la manera mas clara y enérgica: al modo que las piezas del ajedrez puestas sobre el tablero, aunque de igual valor y semejantes unas á otras en su forma, ofrecen de ordinario poca analogía con el objeto que representan. Las partes mas importantes de las figuras son las mejor representadas: de la misma manera los colores, le-

I Parece que los monumentos egipcios mas modernos apenas contienen tantos caracteres fonéticos como los que habia en los monumentos existentes diez y ocho siglos antes de la era cristiana, lo cual prueba que en este punto no hicieron un solo progreso en 2,200 años. Véase Champollion, *Précis du systeme hiéroglyphique des anciens égyptiens*, Paris 1824, págs. 242, 281. Aun es mucho mas extraño que no hayan adoptado el alfabeto *euchórico* ó *endémico* que es mucho mas cómodo. Pero los egipcios estaban familiarizados con los geroglíficos desde su infancia, y se complacian en ver los menos filosóficos, del mismo modo que llaman la atencion y causan el embellezo de nuestros niños los alfabetos pintados en nuestras cartillas.

jos de ofrecer imperceptibles y delicados matices, presentan bruscos y palpables contrastes, de modo que produzcan impresiones mas vivas; porque como dice Gama, "en los geroglíficos aztecas hablan hasta los colores."¹

Pero en la ejecucion de los dibujos los mexicanos eran muy inferiores á los egipcios: los de estos eran ciertamente defectuosos si se les juzgaba con arreglo á los principios del arte, porque ignorando como los chinos, la perspectiva, presentaban la cabeza solamente de perfil y con un ojo en el centro, sin expresion ni animacion ninguna; pero manejaban mas diestramente el pincel que los aztecas: copiaban los objetos materiales con mas fidelidad, y sobre todo, les llevaban gran ventaja en el arte de abreviar las figuras, no bosquejando mas que los rasgos característicos ó esenciales; lo cual facilitaba y simplificaba sobre manera la expresion del pensamiento. Un texto egipcio tiene todas las apariencias de un escrito alfabético, según la regularidad de sus líneas y la pequeñez de sus figuritas; mientras que un texto mexicano parece por lo comun una coleccion de pinturas, de las que cada una tiene un objeto distinto; principalmente sus dibujos mitológicos, donde se emplea tal aglomeracion de símbolos, que mas se parecen á los misteriosos anaglifos esculpidos en los templos de los egipcios, que á sus escritos.

¹ Desc. hist. y crón. de las dos pied. Méx. 1832, parte 2ª, pág. 29.

Los aztecas tenían varios emblemas con que representar objetos que por su naturaleza misma no pueden ser copiados, por ejemplo los años, meses, días, estaciones, elementos y otros análogos. Una lengua denotaba una conversacion, un *pie*, un viaje; un hombre sentado en el suelo, un terremoto. Estos signos simbólicos eran muchas veces arbitrarios, y su interpretacion requiere gran sagacidad, porque el mas ligero cambio en la posicion ó forma, importaba una gran diferencia en su valor.¹

Un escritor ingenioso asegura que los sacerdotes usaban de caracteres simbólicos ocultos, para la representacion de los misterios de la religion. Es posible que haya sucedido esto, sin embargo de que con respecto á los egipcios se tenia una opinion semejante, y las indagaciones de Champollion han demostrado que era infundada, de modo que podria suceder lo mismo en el presente caso.²

Finalmente, como ya lo hemos dicho antes, usaban tambien de la escritura fonética, aunque prin-

1 Ibid, pp. 32 y 34. Acosta, lib. 6, cap. 7.

La continuacion de la obra de Gama, recientemente publicada en México por Bustamante, contiene entre otras cosas algunas observaciones importantes acerca de los geroglíficos aztecas. El editor ha hecho un servicio importante publicando los escritos del literato que mas especialmente que ninguno otro ha tomado á su cargo aclarar los misterios de sabiduría de los aztecas.

2 Gama, loc. cit. parte 2ª, pág. 32.

Warburton con esa penetracion que le es propia, desecha la idea de que se encierre misterio alguno en los geroglíficos. (Divine Legation, b. 4, sec. 4.) Segun Champollion, si acaso habia algunos

principalmente para designar los nombres propios de lugar y de personas, pues que sacándose estos de alguna circunstancia que les era peculiar, se acomodaban perfectamente al sistema geroglífico. Así, el nombre *Cimatlán*, se componia de dos palabras, *cimatl*, raíz y *tlán* cerca, de una raíz que crecia cerca de este lugar. *Tlaxcoallan*, significa la tierra del pan, por los ricos sembrados que allí habia. *Huejotzingo*, lugar rodeado de sauces. Los nombres de las personas significaban frecuentemente sus aventuras y hechos: el del gran príncipe tezcucano Netzahualcoyotl, significa zorra hambrienta, para indicar su sagacidad y su desgracia en los primeros tiempos de su vida. Apenas se veian tales emblemas, cuando luego ocurría la persona ó lugar de que se trataba: puestos en los escudos ó en las banderas, eran el blason que distinguia á los capitanes en medio del combate, al modo que sucedia con los caballeros de la Edad Media.

Los misterios cuya inteligencia estuviese reservada á los iniciados, debe haber sido en los anaglyfos. (Précis, p. 360.) ¿Por qué no ha de haber sucedido lo mismo con las monstruosas combinaciones de geroglíficos que ofrecian los dioses mexicanos?

1 Boturini, Idea, pp. 77, 83. Gama, loc. cit. parte 2ª, pp. 34 y 43.

Herrera no sabia ó aparentaba no saber, que los mexicanos usaron de caracteres fonéticos de ninguna clase. (Hist. Res. vol. V, p. 45.) Ellos invirtieron, es cierto, el uso comun, pues que en vez de acomodar el geroglífico al nombre del objeto, acomodaban por el contrario el nombre de este al geroglífico, y este, por lo tanto, no era susceptible de gran extension, á pesar de que alguna vez encontramos caracteres fonéticos aplicados á nombres propios y comunes.

2 Boturini, Idea, ubi supra.

Pero aunque los aztecas poseían todos los géneros de escritura geroglífica, recurrian de preferencia al vicioso sistema de la representación directa. Si su imperio en vez de durar solo doscientos años hubiera durado muchos millares, como el de los egipcios, no cabe duda de que, como ellos, habrían usado mas frecuentemente de la escritura fonética. Pero antes de perfeccionarse en su sistema vino la conquista de los españoles á introducir otro muy superior, que bien pronto reemplazó al antiguo.¹

Vicioso como era el de los aztecas, bastaba para llenar las necesidades de aquella nacion imperfectamente civilizada. Por medio de él publicaban sus leyes y hasta las reglas concernientes á la economía doméstica; trazaban el mapa de los tributos é impuestos que debia pagar cada ciudad; recordaban su mitología, su calendario, su ritual y sus anales políticos, traídos desde muchos años antes de la fundación del imperio; su sistema de cronología con el cual podían fijar la fecha del acontecimiento á que se referían. La historia escrita de esta manera es verdad que es vaga é incompleta, pues que solamente algunos hechos de trascendencia pueden consignarse; pero en esto diferian poco de la de los

¹ Clavijero ha dado un catálogo de los historiadores mexicanos del siglo XVI, algunos de ellos frecuentemente citados en esta obra: este catálogo da un honroso testimonio de la inteligencia y ardor literario de las razas naturales. V, op. cit., t. 1.^o, prefacio. Véase tambien á Gama, op. cit., parte 1.^a, pasim.

cronistas monásticos de la Edad Media, que en una breve sentencia comprendían años enteros, y esto sin embargo habria sido demasiado para los anales de unos bárbaros.

Para estimar en su justo valor la escritura pintada de los aztecas, es necesario considerarla en sus relaciones con la tradición oral á la cual servia de auxiliar. En los colegios sacerdotales se instruía á la juventud en la astronomía, historia, mitología, etc., y á aquellos que se dedicaban á pintar geroglíficos, se les enseñaba la significación de los caracteres propios de cada uno de estos ramos. Para formar una historia, el trabajo se repartía entre muchos:²

¹ Es digna de duda la asercion de Humboldt, quien dice que los anales aztecas de fines del siglo XI presentan un método exactísimo y una gran minuciosidad. No sería fácil despues de esto que el lector llegase á creer que raras veces se refieren dos hechos en un solo año, y que llegan á pasar hasta doce años sin que se haga mención de uno solo de aquellos. La vaguedad é incertidumbre propias de estos anales, puede decirse de lo que cuenta el intérprete español de los códices Mendocinos, el cual repetía que los naturales á quienes se confiaba la interpretación de las pinturas, tardaban mucho tiempo en ponerse acordes acerca de ellas. Antig. de Méx. vol. II, pág. 87.

² Gama, op. cit., parte 2.^a, pág. 30. Acosta, lib. 6, cap. 7.
«Tenían para cada género, dice Ixtlilxochitl, sus escritores: estos que trataban de sus anales poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada año, con día, mes y hora; otros tenían á su cargo las genealogías y descendencias de los reyes, señores y personas de linaje, asentando por cuenta y razon los que nacían, y borraban los que morían, con la misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas, de los términos, límites y mojóneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de la cuenta y repartimiento de las tierras, cuyas eran y á quienes pertenecían; otros de los libros de leyes, ritos y ceremonias que usaban.» Hist. Chich., M. S., prólogo.

uno tenia á su cargo la cronología, otro la narracion de los sucesos, etc. Los alumnos instruidos en todo lo que se conocia acerca de estas varias ciencias, quedaban así aptos para ensanchar los estrechos límites de ellas. Los geroglíficos servían de una especie de estenografía, ó coleccion de notas mas significativas en realidad, de lo que parecían interpretadas literalmente, y la reunion de estas tradiciones orales y escritas, constituia lo que se puede llamar la literatura de los aztecas.¹

Sus manuscritos estaban hechos en telas de diferentes clases: unas veces de algodón, otras de pieles de animales perfectamente preparadas, de una mezcla de seda y goma; pero para las obras mas finas usaban de hojas hechas con el *agave americano*, llamado por los nativos *magwey*, que crece en abundancia en las mesetas centrales de México. Fabricaban con él una especie de pergamino parecido al *papyrus* de los egipcios, y cuyo papel cuando estaba bien fabricado y pulimentado, dicen que era mas

¹ Según Boturini, los antiguos mexicanos poseían el método de recordar los sucesos, usado por los peruanos, que era por medio de *quippus* ó hilos anudados de varios colores, reemplazados despues por los geroglíficos. Solamente pudo hallar una muestra en Thaxcalan, la cual estaba hecha pedazos de puro vieja. Mc. Cullok piensa que bien pudiera no ser mas que una correa [*Wampun belt*] como la que usan nuestros indios norteamericanos. (Researches, p. 261.) Esta conjetura es muy probable. Este último pueblo ha usado correas con el mismo objeto de recordar los sucesos. El hecho aislado que refiere Boturini, es insuficiente sin la ayuda de algun otro testimonio, para afirmar que los aztecas, que tan poca semejanza tienen con los peruanos, hayan usado de los *quippus* de estos.

suave y hermoso que el pergamino.¹ Algunas muestras de él que aun existen, conservan su suavidad original, y las pinturas la frescura y brillantez del colorido. Algunas veces estaban las hojas enrolladas, pero mas frecuentemente formando volúmenes de un tamaño moderado, cubiertos por ambas caras con una hoja de madera ó tabla, de manera que cuando estaban cerrados tenían la apariencia de un libro. El tamaño de los renglones era muy variable, pero como las páginas podian leerse separadamente, esta forma era muy preferible á la de los rollos de los antiguos.²

A la llegada de los españoles á México habia en el país gran copia de estos manuscritos. Un número considerable de personas se ocupaban en escribirlos con una habilidad que excitó el asombro de los con-

¹ Plinio, que da noticias tan prolijas del *papyrus* de los egipcios, cuenta que hacian con él varias manufacturas, tales como cuerda, paños, papel, etc.; que servia para techar las casas y de alimento y bebida. (Hist. nat., lib. 11, cap. 20 y 22.) Es cosa singular que el *Agave americano*, planta totalmente diferente del *papyrus* de los egipcios, tambien haya sido aplicado á todos estos usos.

² Lorenzana, Hist. de Nueva Esp. pág. 8, Boturini, Idea, pág. 26. Humboldt, Vista de las cordilleras, pág. 52. Pedro Mártir Angleri, de Orbe novo. (Compluti 1530), dec. 3, cap. 8; dec. 5, capítulo 10.

Mártir ha dado una menuda descripción de los mapas indios, mandados á España poco tiempo despues de la conquista. Su espíritu indagador se asombraba de ver aquellas pruebas de una civilizacion positiva. Rivera, amigo de Cortés, cuenta que esos mapas eran dechados para bordados y joyeros; pero Mártir, que habia estado en Egipto, no vacila en asemejar los dibujos indios con los que habia visto en los obeliscos y templos de aquel país.

² Hame capido la mala suerte de tener que recordar cosa

quistadores: desgraciadamente este sentimiento estaba mezclado con otros mas bastardos. Los raros y desconocidos caracteres de los manuscritos despertaron las sospechas de los españoles, que los consideraban como símbolos mágicos, y tanto en ellos como en los ídolos y templos, creyeron ver rastros de una abominable superstición que debía ser desarraigada. El primer arzobispo de México, D. Juan Zumárraga, cuyo nombre debe ser tan inmortal como el de Omar, recogió de cuantas partes pudo estas pinturas, y principalmente de Tezcuco, la mas civilizada capital de Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales. Ya que estaban juntos, mandó apilarlas y formar con ellos un *monte*, como dicen los mismos escritores españoles, y en la plaza del mercado de Tlaltelolco los redujo todos á cenizas.¹ Su gran compatriota el cardenal Jimenez habia celebrado en Granada cosa de veinte años antes, un auto de fé parecido á este, con los manuscritos arábigos. ¡Jamás ha obtenido el fanatismo dos triunfos mas espléndidos, que aniquilando muchos de los mas curiosos monumentos de la cultura y del saber humano!²

¹ Ixtlilxochitl, Hist. Chich., M. S., prólogo. Idem relac. sumaria, M. S.

No están acordes los escritores en el lugar en que se verificó el incendio de los papeles: unos dicen que fué en la plaza de Tlaltelolco y otros que en la de Tezcuco. (Compárese á Clavijero, tom. 2, pág. 188, y el prefacio de Bustamante á Ixtlilxochitl, crueldades de los conquistadores, traduccion de Ternaux, pág. XVI.)

² Háme cabido la mala suerte de tener que recordar esos dos

La soldadesca ignorante no tardó mucho en imitar el ejemplo de su prelado: cuanto manuscrito caia en sus manos era rápidamente destruido; por manera que cuando los literatos de una edad mas posterior y mas ilustrada quisieron recoger algunas de esas reliquias de la civilización nacional, se encontraron con que casi todas habian perecido, y que las pocas que aun quedaban eran celosamente ocultadas por los indios.¹ No obstante, merced á los infatigables esfuerzos de un individuo privado, se consiguió depositar una coleccion harto considerable de manuscritos en el archivo de México; pero se le tenía tan en poco, que algunos fueron robados, otros destruidos por la humedad y el fuego, y otros finalmente vendidos como papel inservible.²

Se ven con indignación las crueldades de los primeros conquistadores; pero aquel sentimiento se convierte en desprecio cuando les vemos apagando con mano bárbara la luz de la ciencia, legado y propiedad comun de todo el género humano. Es ciertamente dudoso de quiénes debe quejarse mas la civilización, si de los vencedores ó de los vencidos.

Pocos manuscritos mexicanos son los que se han abierto paso atravesando los tiempos y las distancias

deslices de la debilidad humana, tan humillantes al orgullo del entendimiento. Véase la Hist. de Fernando é Isabel, parte 2ª, ci 6ª.

¹ Sahagun, op. cit., lib. 10, cap. 27. Bustamante, Mañanas de la Alameda, (México, 1836), tomo 2º, prólogo.

² El ilustrado gobernador del Estado de México, D. Lorenzo Za-